

La Cirugía en tiempos de Homero

ANTES de estudiar los traumatismos en los poemas homéricos, describiremos en pocas palabras el lugar donde se desarrolló la acción en la *Iliada*. Como es sabido, en la epopeya se describe el último año del sitio de Troya, y las escenas numerosas de combate comprenden dos grandes batallas, sostenidas entre la playa y las naves y los muros de la ciudad.

El lugar donde combatieron aqueos y troyanos es la famosa llanura de Troya (Ilión), situada en el ángulo noroeste del Asia Menor y abierta en el Helesponto (Dardanelos), enfrente del Quersoneso de la Tracia, y corresponde al valle inferior del famoso Scamandro (el Menderé-sou de los turcos). Por el Norte, el valle termina en una playa, de unos cinco a seis kilómetros de largo, limitada por un promontorio a cada lado, los conocidos cabos Sitgée y Rhoeté; a esta playa arribaron las numerosas naves de los guerreros griegos. El valle sigue con la misma anchura de la playa hasta una distancia de catorce kilómetros, y está limitado por las estribaciones de los montes del Ida.

Troya corresponde, con toda seguridad, a la famosa colina de Hisarlik (la pequeña fortaleza), en razón de su sitio y de los antiguos muros que coronan su cresta, según se deduce de las excavaciones realizadas, sobre todo por Schliemann y Dorpfeld.

En la descripción de las heridas se mezclan, claro es, datos de observación empírica, justamente apreciados, con la inventiva poética. La fuerza de los héroes se centuplica en la imaginación del autor, y así se describen heridas y otras lesiones traumáticas que son impracticables por las fuerzas humanas, y así manejan los héroes de la *Iliada* las armas ofensivas y defensivas con una violencia superior al máximo vigor humano. Los grandes trozos de roca o de mármol que se arrojan recíprocamente, las distancias a que lanzan la azagaya, la enérgica tensión que imprimen a la cuerda del arco, por una parte, y por la otra las terribles lesiones producidas, como separaciones completas o cercenamiento de miembros por un golpe de espalda, penetración del cráneo con la pica de oreja a oreja y hasta decapitaciones totales, son, naturalmente, el adorno poético-guerrero de las estrofas homéricas, que debían realzar a sus héroes, dándoles fuerza sobrenatural, belleza física divina y cualidades psíquicas de orden elevado. Pero el lector atento pronto echa de ver, en medio de las ricas y brillantes descripciones, lo que es real y lo que es poetizado, lo que refiere el autor por sugestión de sus conocimientos y experiencia de la vida cotidiana, o de la de sus predecesores, y lo que es producto singular de su privilegiado ingenio y fantasía.

Los traumatismos son descritos con pocas palabras, las suficientes, sin embargo, para demostrar que existía en aquellos tiempos un espíritu observador claro y preciso. En la *Iliada* se describen contusiones, heridas por punción, contusas, incisas y penetrantes,

de las más variadas, así como fracturas y conmociones. En los cantos homéricos aparecen por primera vez las palabras griegas que designan los traumatismos y las heridas, con una riqueza de lenguaje superior al de las lenguas modernas.

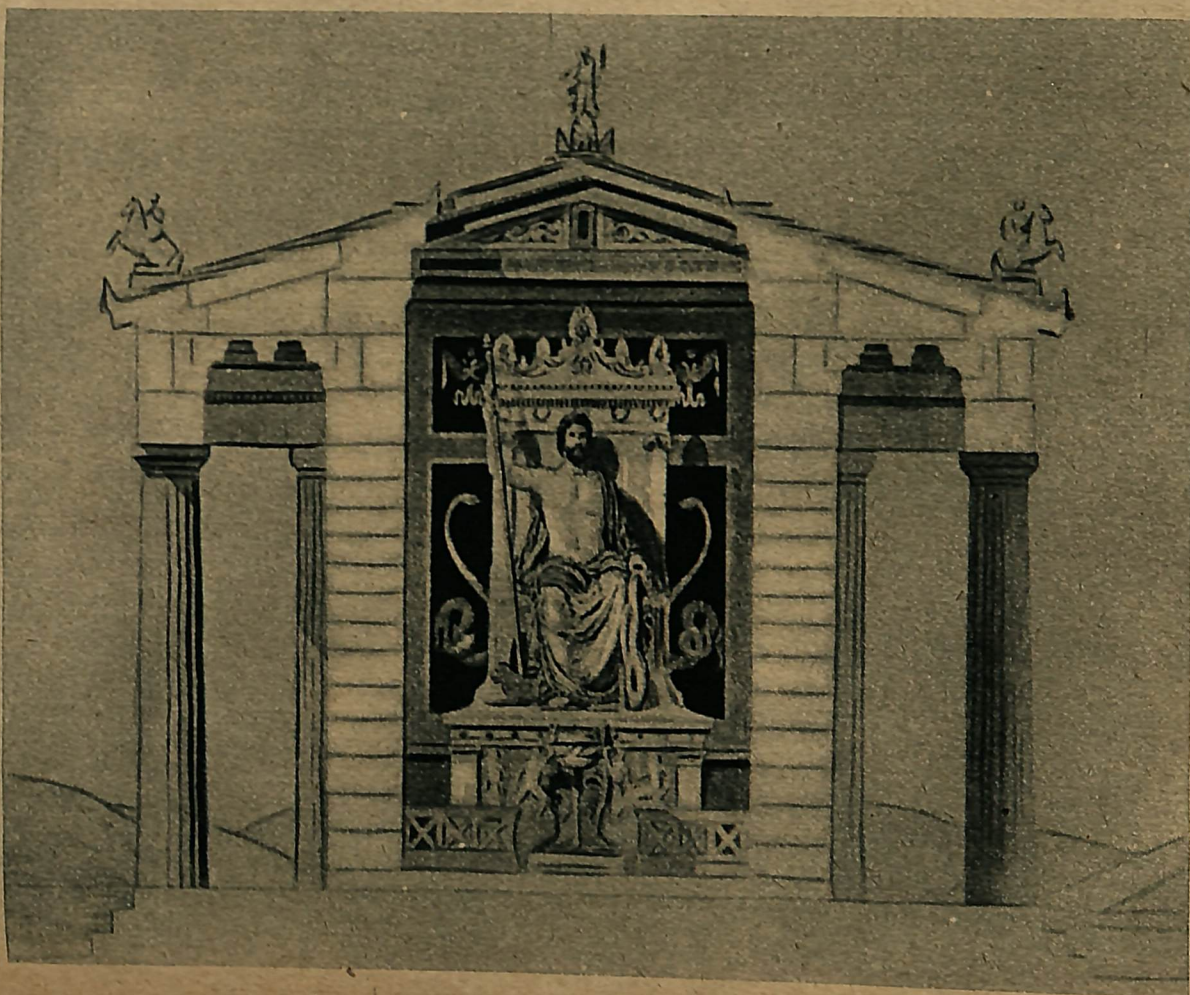
Como ejemplo de contusión descrito en la *Iliada*, citaremos, entre otras, la que produjo Odiseo en la espalda al charlatán Tersites. (*Iliada*, rapsodia II.) Le pegó en el cetro de oro, y el dorso se le abultó con una tumoración sanguinolenta. Como se ve, Homero conocía ya la formación de hematomas en las contusiones.

Son descritas también la conmoción cerebral, la torácica y la visceral. La primera era consecuencia frecuente del uso de sólidos cascos con que cubrían la cabeza los guerreros, cuando la lanza o la espada, y también las piedras, careciendo de fuerza o agudeza para atravesar sus láminas metálicas o las pieles de que estaban formados el casco y los escudos, y herir la cabeza, transmitía a ella la fuerza viva conmocionante. Así, cuando la pica de Diomedes da en la cimera del casco de Héctor, sin atravesarle, cayó éste de rodillas, apoyando en tierra su robusta mano, y negra noche le cubrió los ojos. Poco después, Héctor, reanimado, subió al carro, perdiéndose entre la multitud... (*Iliada*, rapsodia XI.)

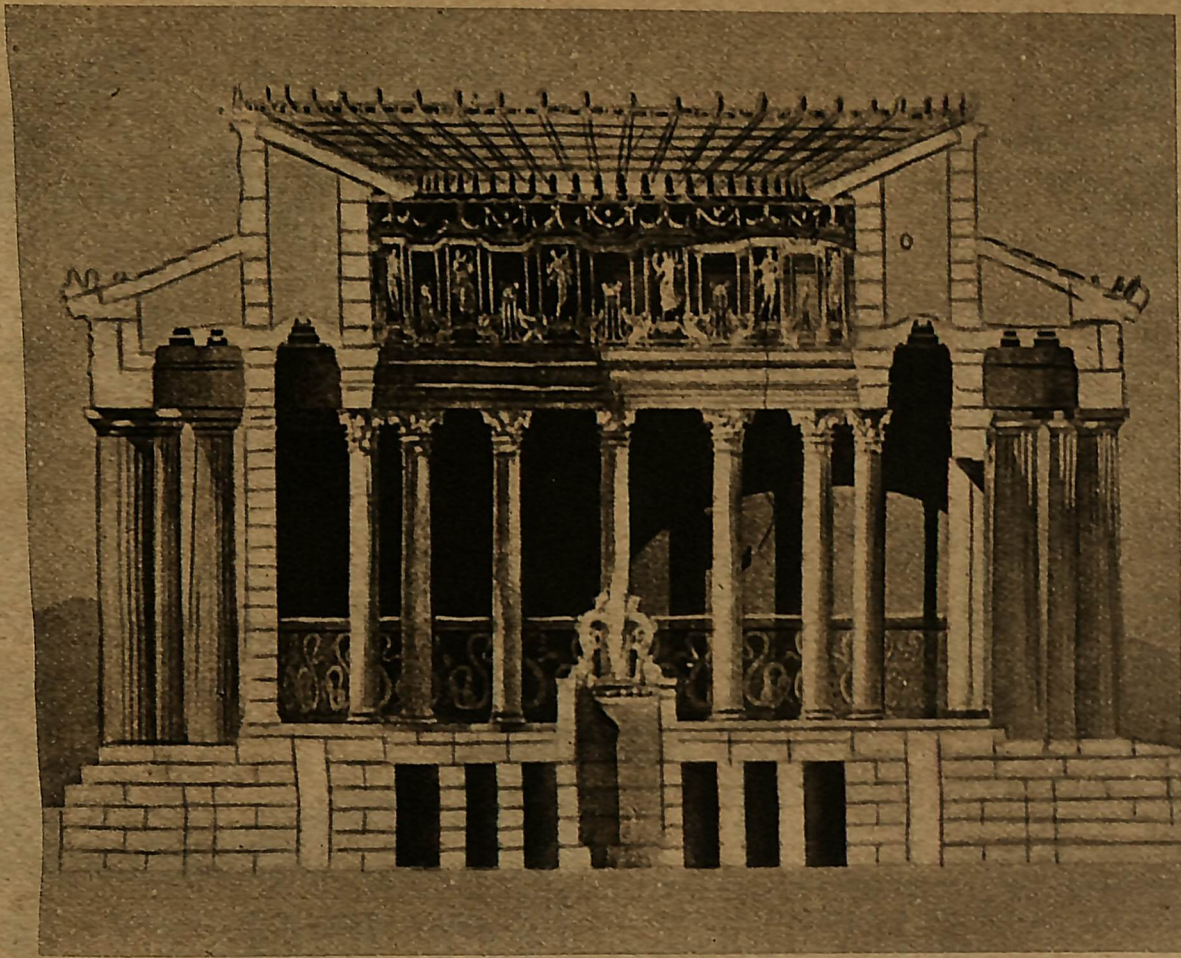
Una notable observación de conmoción torácica con hemoptisis y disnea está descrita en las estrofas de las rapsodias XIV y XV, cuando Héctor es alcanzado por Ajax en el pecho con una gran piedra de las destinadas a sujetar los cables de las naves. Héctor cae en el polvo como encina herida por el rayo; la lanza se le escapa de la mano y ruedan por tierra el casco y el escudo. Los reyes y príncipes de su armada le rodean y socorren enseguida, transportándolo en brazos lejos de la refriega, y colocado en el carro, le conducen a un vado del Xanto caudaloso; allí le bañan, y Héctor abrió los ojos y volvió en sí; pero «arrojando negra sangre por la boca»; luego abate otra vez las rodillas y cae en tierra, perdiendo el conocimiento.

La descripción de las heridas llenaría muchas páginas. Homero expone con algunos detalles las de los héroes principales, reyes o príncipes, y con muy reducidas palabras las de los guerreros menos señalados. Estos mueren, por lo general, a manos de los de primera línea; sus heridas recaen casi siempre en las cavidades viscerales y determinan la muerte. En cambio, los reyes y príncipes sufren con frecuencia heridas leves, que son sometidas a cura y que duran un tiempo más o menos largo.

En general, son mortales las heridas de la cabeza, del tronco y del abdomen, y no matan al guerrero, a veces, las de las extremidades. La hemorragia es el síntoma cardinal en las descripciones homéricas de las heridas, y la sangre siempre es negra para Homero. Las armas quedan muchas veces clavadas en el cuerpo del enemigo, que conserva la vida hasta que el guerrero contrario la extrae de



Templo de Esculapio, en Grecia



El interior del Tholos, de Epidauro

las carnes o cavidades viscerales, y entonces, al arrancarle el arma, le «arranca con ella la vida, y negra noche cubre sus ojos»; observación sagaz: pues, como saben todos los cirujanos, la extracción del arma o cuerpo extraño de la herida va acompañada de enorme hemorragia, ya que aquélla ocluye o tapona la brecha traumática y contiene durante algún tiempo la pérdida sanguínea, sobre todo en las heridas del corazón y de los grandes vasos.

Como ejemplo notable de heridas, con descripción breve, pero exacta, de los síntomas funcionales, podemos citar las siguientes: la de Arquíloco en el bulto raquídeo. Cuando Ajax lanza su azagaya contra Polidamas, éste evita el golpe dando un salto; pero el dardo alcanza a Arquíloco, a quien los dioses tenían destinado su fin. Recibió el dardo en la última vértebra del cuello (dicen las traducciones de la *Iliada*; pero debe decir en la primera, pues añaden: allí donde se une a la cabeza). Le cortó los dos músculos (¿o nervios?) que hay en este sitio, y el herido «cayó bruscamente al suelo, chocando contra él, antes que sus rodillas, su cabeza y su boca». Esta es la caída de los heridos en el bulbo, brusca e instantánea, desplomándose el cuerpo como atacado por el rayo, como se desploman los toros y caballos en la maniobra llamada de «dar la puntilla».

Alcatóo fué muerto a consecuencia de una herida en el corazón por la azagaya arrojada por Idomeneo (*Iliada*, rapsodia XIII). Está erguido como una columna o un elevado árbol, y recibió en medio del pecho el bronce del arma arrojadiza, después de atravesarle la coraza, y cayó con ruido, estremeciéndose la punta del arma dentro del corazón palpitante, hasta que el rudo Ares (Marte) le agotó la fuerza.

En el duelo feroz entre Héctor y Aquiles (*Iliada*, rapsodia XXII), el primero estaba cubierto por las armas que había arrebatado al cadáver de Patroclo, exceptuando el punto donde el hueso separa el cuello del hombro, «por donde más pronto es la fuga del alma». Allí le clavó Aquiles su lanza, pero «no le seccionó la tráquea, y, en consecuencia, Héctor podía hablar». Después de un breve rato, el héroe herido, sin poder hablar apenas, le suplica a Aquiles que envíe su cuerpo, después de muerto, a sus moradas; todavía más tarde, Héctor, moribundo, habla a Aquiles para predecirle la muerte. Después de esto, el vencedor profanó su cadáver, pinchándole los tendones de ambos pies entre el talón y el tobillo, y pasando correas para arrastrarle en su carro.

Conoció, pues, Homero, o los cantores aedas que le precedieron, la gravedad de las heridas de esta región (supraclavicular), aunque aquí el poeta no refiere la hemorragia. Otra observación sagaz en esta descripción es la relativa a la conservación de la palabra por Héctor, pues el bronce no le atravesó el conducto de la voz.

En aquella época se conocía ya, sin duda, la resistencia del tendón que después se llamó de Aquiles, pues en dicho pasaje y en otros se describe la manera de enganchar los cadáveres pasando correas alrededor del mismo; así, cuando mata Héctor a Patroclo (*Iliada*, rapsodia XVIII), Hipotóo ata también una correa por detrás del tobillo de uno de los pies del héroe muerto. Probablemente ya en aquella época se colgaban los animales, una vez eviscerados, por este robustísimo tendón.

Son descritas en pocas palabras gran número de heridas en la cabeza, ya en las sienes, ya en la frente o en la raíz nasal, a veces

con fractura del hueso. También describe Homero heridas en la boca, rotura de los dientes y fracturas de los maxilares. En una lucha entre Idomeneo y Erimas (rapsodia XVI), el primero alcanzó a éste con su pica en la boca, penetrando el bronce hasta el cerebro; le saltaron los dientes y «ambos ojos se le llenaron de sangre», y ésta brotó por boca y narices, envolviéndole la nube negra de la muerte. Aquí se trata de una observación notabilísima de equimosis subconjuntival, consecutivo a una fractura de la base del cráneo.

La herida de Agamenón en el codo es también de interés, por describirla el poeta con algún detalle, como corresponde a la alta categoría del rey de Mycenae. Cuando Coón ve caer muerto a su hermano Ifidamas, le asesta al rey, ocultándose, una lanza que le atraviesa el brazo por el codo. Agamenón, empero, mata con su lanza a Coón, y sigue después esgrimiendo el arma y lanzando gruesas piedras contra los enemigos, mientras la cálida sangre fluye de la herida; pero cuando ésta se seca y se restaña la sangre, le restan valor unos «agudísimos dolores», parecidos a los que las Elicias, hijas de Hera, envían a las mujeres de parto. Y el rey montó en su carro, ordenando al conductor que le condujese a las tiendas, pues «su corazón desfallecía».

Aquí se describen los dos síntomas cardinales de las heridas: la hemorragia y el dolor; la primera se cohibió espontáneamente pasado algún tiempo, mientras Agamenón mató a su agresor y se libró de la turba de enemigos próximos; el dolor apareció tan sólo más tarde, observación sagaz, pues al principio las heridas no despiertan dolores intensos, más bien es el estupor local lo que domina. La comparación para dar a conocer su agudeza con los dolores del parto es también afortunada. Finalmente, la hemorragia restó fuerza al héroe, que, con el «corazón desfallecido» (lipotimia), se apartó de la lucha.

En esta descripción parece que el poeta no quiso privar al héroe del uso de sus brazos (falta en ella el síntoma de la impotencia funcional), sin duda para que pudiera vengarse dando muerte a su agresor. Esto es perfectamente posible, si la herida del codo no hubiera seccionado los nervios. Por lo demás, en otras heridas se describe perfectamente aquel síntoma; así, cuando Ascalofo cae muerto, Deifobo trata de apoderarse de su brillante casco; pero Meriones le da una lanzada en el brazo y le obliga a soltar el yelmo sonoro, que cae al suelo.

La costumbre de chupar la sangre de las heridas es muy antigua, y proviene, sin duda, de la idea de que las heridas están siempre envenenadas. Es particular que Homero no describa esta práctica de la succión al hablar de la cura de otras heridas, quizá porque la de Menelao fué producida por una flecha, y ya hemos indicado la relación etimológica entre la flecha y el veneno (tóxico) y su efectiva relación, pues aquéllas debían estar envenenadas. Así, en la *Odisea* (Rapsodia I), en el diálogo de Telémaco con Palas Athenea, que tomó, para aconsejarle, la figura de Mentis, hijo de Anfialo, le dice la diosa al joven y prudente hijo de Odiseo: «Haría falta, en verdad, que tu ilustre padre pusiera mano en estos orgullosos pretendientes, porque si llegara al umbral de la puerta del palacio con el casco y el escudo y sus lanzas, tal como yo le vi la primera vez en mi casa, de regreso de visitar a Ilo Mermerida, que habita en Efira, y adonde fué a buscar un veneno mortal con que teñir sus flechas de punta de bronce—pero

llo no quiso dárselo, temeroso de los dioses, mas sí mi padre, que le quería mucho—, el destino de aquéllos sería breve y muy amargas sus nupcias.»

Todavía sigue siendo costumbre popular el hacer la succión de las heridas, forma la más sencilla de activar, sobre todo en las heridas por punción, la salida de cierta cantidad de sangre, con lo cual saldrá también el veneno, la ponzoña y aun los gérmenes sépticos que inoculara el cuerpo vulnerante.

Cuando Eurípilo mata con su lanza a Apisaón, hiriéndole en el hígado por bajo del diafragma, Alejandro dispara una flecha contra él y le alcanza en el muslo derecho, rompiéndose la caña del dardo. Eurípilo, herido, se dirige cojeando a las tiendas, donde se reúnen, también heridos, Diómedes, Odiseo y Macaón. En la tienda, Patroclo se conduce de Eurípilo, cubierto de sudor y echando sangre por su profunda herida, y Eurípilo le dice a Patroclo: «Extrae de mi muslo esta flecha; lava la herida con agua tibia y limpia la sangre que vierte y bañámela con los dulces bálsamos que te dió Aquiles, que los recibió del centauro Quirón, el más justo de los centauros; de los dos médicos de la armada, Macaón está en su tienda, herido y sin auxilio, y Podalirio sostiene en la llanura dura lucha contra los troyanos.» Entonces le llevaron a su tienda, le colocaron sobre el lecho de pieles de buey, y Patroclo, con ayuda de un cuchillo, le extrajo del muslo la punta de la flecha, lavó la negra sangre con agua tibia, y con sus manos exprimió en la herida el jugo de una raíz amarga y sedante. La sangre cesó de salir y los dolores se calmaron.

También Diómedes fué herido por una flecha disparada por el hijo de Licaón, Pándaro, que le atrevesó la coraza y se clavó en el hombro. Entonces le dijo a Estenelo: «Desciende enseguida de tu carro y extráeme esta flecha amarga.» Y Estenelo se la extrajo del hombro, y la sangre enrojeció su túnica (hemorragia después de la extracción del cuerpo extraño). Todavía herido, se lanzó a la refriega, infundiéndole valor Palas Athenea, y mató a Astinoo y a Hipenor. De nuevo volvió a combatir con Pándaro, que ahora le arroja la lanza, dándole en el escudo, pero sin herirle. Entonces Diómedes le arroja la suya, que alcanza a Pándaro entre los ojos y la raíz nasal, le rompe los dientes, secciona la lengua y sale por el mentón, desplomándose el herido del carro y alcanzando su fin.

En la *Iliada* se describen muchas heridas en el vientre, con eventración del paquete intestinal, con lesión también, a veces, del hígado, que Homero considera mortal, sin duda por la proximidad al diafragma, donde colocaban en aquella época el alma.

Las heridas en el hipogastrio eran también tenidas por mortales, sin duda por haber apreciado la gravedad que tiene la lesión de la vejiga urinaria. Y así, en la Rapsodia XIII de la *Iliada* se describe cómo Meriones alcanzó con su pica a Adamas, hiriéndole entre los atributos masculinos y el ombligo, «allí donde cualquiera herida es mortal para los humanos». El héroe caído quedó palpitante; pero por poco tiempo, pues Menelao le arrancó la lanza de la herida y las tinieblas se esparcieron sobre los ojos del troyano.

Sobre las ideas y prácticas relativas a las curas de las heridas en aquellas remotas épocas, no poseemos otros datos, claro es, por no ser objetos naturales ni artificiales, sino tan sólo manipulaciones, que los porporcionados por las bellas estrofas homéricas, que, desgraciadamente, dan muy pocos detalles; son descripciones pobres, aunque algunas muy interesantes.

Las heridas leves son, por lo demás, las que se someten a las maniobras de la curación. Son leves siempre las heridas de los dioses, que sufren también por su influjo, pero que se curan pronto con los bálsamos aplicados por Peón, el médico inmortal entre los dioses. Estas heridas dejan también como huellas indelebles en el cuerpo de los dioses señales evidentes, cicatrices imborrables.

Las descripciones que hace Homero de las curas practicadas sobre las heridas de los guerreros son muy breves y sencillas. Se reducen, por lo general, a restañar la sangre con agua tibia, verter en la herida algún bálsamo calmante y a veces vendarla, como en la cura del rey Heleno.

En la lucha singular sostenida entre el rey Heleno, hijo de Príamo, y el atrevida Menelao, ambos disparan sus armas a la par; pero la flecha del primero chocó en el escudo bombeado y rebotó. En cambio, Menelao hiere con su azagaya la mano del contrario, que sostenía el pulido arco, clavándose la bronceína punta en las carnes. Heleno se internó entre la muchedumbre de los suyos para eludir la muerte, arrastrando el astil de la lanza clavada en su mano, y Agenor se la extrajo de la herida, «vendándola después con una honda de lana» que un servidor hubo de proporcionarle.

Como se ve, las curas de los héroes homéricos se reducían a restañar la sangre, lavando la herida con agua tibia, manipulación que se repetía, si era preciso, varias veces; a verter algún bálsamo calmante, quizá el jugo del opio, para mitigar los dolores, y vendar la herida.

Nada se indica sobre la manera de cohibir la hemorragia ni de aplicar apósito alguno para las fracturas. Tampoco figura en la *Iliada* la descripción de las luxaciones, ni su reducción.

DOCTOR GOYANES

MERcurio



No purgue a su bebé...

Este es el consejo de los médicos. — «Un laxante» — le dirán —. «Un laxante suave y, sobre todo, que no irrite». La razón, todos la conocen: el delicado organismo de un niño requiere de productos que actúen de acuerdo con la naturaleza. Médicos de todo el mundo, desde hace más de medio siglo, prescriben «Sal de Fruta» ENO para laxar a los bebés. Saben que la acción inmediata de la «Sal de Fruta» ENO produce una peristalsis suave que facilita la expulsión sin malestar alguno. En esos efectos suaves, pero activos, ha basado la «Sal de Fruta» ENO su reputación mundial para laxar a los niños. Siga el consejo y la experiencia de todos los doctores: — «No purgue a su bebé.»

Láxelo con "SAL DE FRUTA" ENO

● Aparte de su eficacia, mundialmente reconocida, la concentración de ENO permite un mayor rendimiento —y economía— que los sustitutos corrientes. No hay más que compararlos. Rechace imitaciones. Exija ENO.



Precio: Ptas. 4,50
(Timbre incluido)

Concesionario: FEDERICO BONET, Apartado 501 - MADRID